

AL POBRE POETA DE PECHO DESGUARNECIDO

Diego Castillo Barco

Tiene el poeta, en el alzado e inalcanzable llamear de los espacios infinitos, el fuego de la mañana profunda cuando asoman por encima del horizonte ciertos instantes en los que la solitaria estancia de sus sentimientos ríe acompañada por la idea exacta y su sonido exacto, no teniendo entonces pregunta sin responder ni atajo por donde deba salir la razón buscando un refugio para el sosiego.

No tiene sombra la luz de su espíritu alzado en la dulzura tantas veces esquiva, ni en esos líricos parajes se ocultan los prados íntimos de lo más humano entre la maleza del dolor.

El poeta pretende ese claro en el bosque donde se reúnen los sutiles frutos del alma, las claras luces que no pueden ser limitadas por el silencio de los árboles adonde se reúnen los bellos animales de la paz y la vida en reveladora palpitación.

Cuando el pobre poeta de los frágiles latidos del corazón se haya golpeado por esos efluvios que su pecho contiene, como cárcel de luz y sueño, llora lágrimas que recogen sus ojos y sella el amor a la belleza que la aurora iluminó en su interior al contemplar el mundo con el brillo de la palabra.

Y ese pobre poeta, exhausto y dichoso, siente que ha dormido un instante y que ha soñado, y que le ha quedado el recuerdo de un destello, y que sabe que es cuanto puede albergar y esperar en su pecho solitario y desguarnecido.

De El libro de las imperfecciones